

30ª SESION ORDINARIA EL 17 DE SEPTIEMBRE DE 1901

PRESIDENCIA DEL SEÑOR MARIANO DE VEDIA

SUMARIO:—Asuntos entrados.—Mociones de preferencia.—Proyecto de ley de varios señores diputados autorizando al poder ejecutivo para entregar á la viuda é hijos menores del general don Nicolás H. Palacios 50.000 pesos en fondos públicos.—Continúa la consideración del dictamen de la comisión de guerra en los proyectos sobre organización del ejército.

DIPUTADOS PRESENTES

Alfonso, Argañaraz, Argerich, Astrada, Avellaneda (M. M.), Balaguer, Balestra, Barraquero, Barroetaveña, Benedit, Bertrés, Berrondo, Billordo, Bollini, Bouquet Roldán, Cantón, Capdevila, Carlés, Carrasco, Carreras, Carreño, Castellanos (J.), Centeno, Claros, Coronado, Cullen, Dantas, Demaria, Echegaray, Ezquer, Falcón, Ferrari, Gálvez, García, Garzón, Godoy (E.), Godoy (M. E.), Gómez (C. F.), Gómez (M.), Gouchon, Helguera, Hernández, Iriondo (M.), Iriondo (U.), Lacasa, Lacavera, Lagos, Lartigueau, Lessag, Leguizamón, Loreyro, Machado, Martínez, Moreno, Olivera, Olmos, Outes, Palacio, Pabelo, Parera (F. M.), Peña, Pérez, Quintana, Reyna, Robert, Roberts, Romero, Rosas, Ruiz, Salas, Sánchez, Santa Coloma, Santamarina, Sarmiento, Seguí, Serna, Silva, Soldatti, Tissera, Torino, Torres, Ugarriza, Ugarte, Vedia, Videla, Vivanco, Vivanco (R. S.), Yofre, Zavalla.

AUSENTES CON LICENCIA

Bermejo, Luro, Usandivaras, Varela Ortiz.

CON AVISO

Barraza, Bores, Bruchmann, Calderón, Carbó, Caseres, Villanueva.

SIN AVISO

Avellaneda (F.), Balderrain, Fonrouge, Gigena, Laferrère, Leiva, Loveyra, Parera (R.), Rivas.

—En Buenos Aires, á 17 de septiembre de 1901, reunidos en su sala de sesiones los señores diputados arriba an-

tados, presente el señor ministro de la guerra, coronel Pablo Ricchieri, el señor presidente declara abierta la sesión, siendo las 3 y 40 p. m.

ACTA

—Se leen y aprueban las de las dos sesiones anteriores.

ASUNTOS ENTRADOS

COMUNICACIONES OFICIALES

Buenos Aires, septiembre 14 de 1901.

Al honorable congreso de la nación.

El poder ejecutivo tiene el honor de someter á la resolución de vuestra honorabilidad la solicitud de los señores James P. Killey y Cia. sobre construcción de una línea de ferrocarril de trocha angosta desde Rosario de Santa Fe hasta Bahía Blanca, de la provincia de Buenos Aires, y ramales á la capital federal, La Plata y puerto militar.

En el expediente que se acompaña encontrará vuestra honorabilidad los informes de las oficinas técnicas del ministerio de obras públicas y las bases sobre las cuales podría acordarse la concesión pedida.

Dios guarde á vuestro honorabilidad.

JULIO A. ROCA.

EMILIO CIVIT.

—(A la comisión de obras públicas.)

Catalina fué el árbitro, y que más de una vez contuvo á las tropas nacionales que se encontraban en estado de sedición. Todo el mundo sabe también que el general Palacios recibió insinuaciones y halagos, y que fué necesaria toda su resistencia y todo su vigor de soldado para rehusarse á encender la guerra civil en todo el país, manteniéndose firme al pie de su bandera.

Esta consideración hace que la patria haya contraído con el general Palacios una deuda de gratitud que no está aún saldada.

Y yo creo que ha llegado el momento de saldarla, porque si los hijos del general Palacios tienen el temple de alma de su padre, es posible que la patria recupere con exceso el servicio que pedimos. (*Muy bien!*)

Sr. Falcón—Hago moción para que se autorice á la comisión á despachar preferentemente este asunto.

—Apoyado.

Sr. Presidente—Hago presente á la cámara que por la ley respectiva esta moción requiere sesenta y un votos para ser aprobada. Se votará.

—Resultado negativo.

Sr. Presidente—A la comisión de peticiones.

ORDEN DEL DIA

ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO

Sr. Presidente—Continúa la discusión de los proyectos militares.

Sr. Demaría—Pido la palabra.

Daré principio á mi breve réplica, señor presidente, solicitando permiso del distinguido señor diputado por la capital, miembro informante de la mayoría.

En las objeciones de carácter constitucional que el señor diputado por Corrientes ha hecho, no se toman en cuenta los argumentos fundamentales que expuse sintéticamente en mi informe de las sesiones pasadas. Nada nos ha dicho del alcance de los poderes del gobierno nacional, que se derivan de la prescripción constitucional de atender á la defensa común. Nada nos ha dicho, tampoco, del alcance que pueden y deben tener los poderes del Congreso en virtud de los cuales declara la guerra y

hace alianzas, que implican, á nuestro juicio, los medios de preparar esa guerra y de prepararse también para sustentar con los hechos los compromisos que con las alianzas se hayan podido contraer.

No ha analizado tampoco el artículo constitucional que establece para todos los ciudadanos argentinos la obligación de armarse conforme á la ley; y no ha analizado tampoco el alcance de la prescripción incluida en el artículo 17 de la constitución, que establece que ningún servicio personal es exigible sino en virtud de ley, palabras textuales de la constitución que están demostrando que todos los servicios personales son exigibles en virtud de ley.

El nos decía, señor presidente, con la claridad de exposición que le es característica, que hacíamos mal en ir á Europa á buscar, en países de índole social y política distinta de la nuestra, el ejemplo que debe guiarnos en estas cuestiones, por tratarse de países cuyas instituciones, respondiendo á esas distintas índoles, también lo son. Nos decía por qué no tomábamos el ejemplo de los Estados Unidos, cuyo sistema de gobierno tanta analogía tiene con el nuestro. Y yo podría contestarle invitando al señor diputado, á que tomáramos el ejemplo de dos Estados Unidos, cuyo parlamento ha dictado á este respecto una ley mucho más amplia de la que aconseja el dictamen de la minoría de la comisión. La ley norteamericana dictada en 1863 ó 64, ley aprobada por gran mayoría de votos en el senado y por otra mayoría no menor en la cámara de diputados, establece el servicio en el ejército nacional con carácter obligatorio para todos los ciudadanos de los Estados Unidos de 18 á 45 años. El proyecto de la comisión limita esa obligación á ocho años. Esa ley es, pues, indiscutiblemente mucho más amplia.

Sr. Sánchez—Esa ley fué dictada durante la guerra de secesión.

Sr. Demaría—Voy á contestarle al señor diputado, tomando en cuenta ese argumento.

Esa ley sería dictada en la guerra ó en la paz, pero su constitucionalidad no ha sido jamás puesta en cuestión ante la suprema corte federal de los Estados Unidos, y solo una vez, un ciudadano, sintiéndose lesionado por las prescripciones de esa ley, ocurrió ante el tribunal federal del estado de Pensilvania, diciendo de nulidad, y el fallo fué fa-

vorable á la constitucionalidad de la misma.

Yo no hago gran fuerza en ese fallo, porque no he traído ni traeré al debate sino argumentos de absoluta buena fe y con absoluta sinceridad, y me adelanto á reconocer que tuvo más el carácter de un fallo político que el de un fallo legal. Porque son conocidas las alternativas de los miembros de la misma corte, cuyos poderes terminaban precisamente cuando se dictaba el fallo en ese asunto.

Los partidos políticos en que se dividía la opinión de Pensylvania entonces, hicieron plataforma política de la constitucionalidad ó inconstitucionalidad de esa ley; y el fallo declarándola constitucional fué, más que el resultado del estudio concienzudo y sincero de las instituciones, el triunfo político de los que sostenían su constitucionalidad.

Pero el argumento fundamental, ilevantable, es este otro: jamás un ciudadano de los Estados Unidos ha acudido á la suprema corte sosteniendo siquiera que esa ley fuera inconstitucional. Esa ley ha sido aceptada en esa forma por todos los ciudadanos, y no porque no fuera resistida en su aplicación en todos los momentos, porque el señor diputado conocerá, posiblemente mejor que yo, las dificultades de aplicación que en los primeros momentos suscitó esa ley.

Puede argumentarse, señor presidente, que esa ley fué dictada durante la guerra. Y no yo, señor presidente, Pommeroy, el autor de ese libro que trajo Sarmiento al país, para hacerlo traducir diciendo que debía ser la biblia del ciudadano, Pommeroy se adelanta á contestar la objeción del señor diputado, diciendo que el congreso aumenta sus poderes en tiempo de guerra sólo en dos casos: en sus facultades de legislar sobre presas y capturas y en su facultad de autorizar la convocatoria de las milicias ó de la guardia nacional.

Y como esta ley no se fundó ni se funda en ninguna de esas dos facultades, sino que se funda en los poderes implícitos que resultan de los argumentos que acabo de enumerar, de la obligación de atender á la defensa común y de los poderes de guerra y del artículo que establece la facultad del congreso de fijar el efectivo de las fuerzas de línea, si pudo el congreso votar esa ley durante la guerra, en las mismas condiciones puede hacerlo durante la paz.

Story también toma en cuenta esa consideración, en el título 430, que en oportunidad analizaré.

El señor diputado se declara partidario de la interpretación restringida de los poderes constitucionales, y yo respeto mucho ese criterio, porque si él predominara siempre, nos habríamos ahorrado, señor presidente, muchas é inútiles violaciones de la ley. Pero así como respeto ese criterio, lo combato decididamente cuando se trata de hacer la interpretación de los poderes en materias que pueden afectar la estabilidad, la seguridad y la vida misma del país. Creo que si hay alguna excepción que pueda oponerse ilevantablemente á los partidarios de la interpretación restringida, es la excepción de los poderes referentes á la organización militar.

Y dejando esto sentado, creo que puede hacerse, sin embargo, con éxito, la discusión de los dos sistemas de interpretación para toda la constitución. El juez Marchall, de quien dice Brais, en su admirable obra sobre la república americana, que podría aplicársele á él y á la constitución la frase dicha respecto de Augusto y de Roma: que la encontró de ladrillo y la dejó de mármol; ese juez ha establecido las dos reglas fundamentales de interpretación, en materia de alcance de poderes, que hoy son respetadas todavía, después de treinta años de aplicación práctica, reglas que han sido citadas por todos los autores de derecho constitucional, reglas que han sido citadas aun en innumerables sentencias de la misma corte. Y la primera de esas reglas establece, señor presidente, que cuando se trata de averiguar si existe un poder, es necesario hacer la interpretación con un verdadero criterio restringido, á efecto de impedir que se creen poderes que la constitución no ha querido crear.

Y la segunda regla establece que una vez que ha sido debidamente comprobada la existencia legal de un poder, es decir, que los constituyentes han querido acordar ese poder, entonces debe hacerse la interpretación del alcance de ese poder con el criterio más amplio que sea necesario.

Y esta segunda regla, sobre todo, es la que desconoce en absoluto el señor diputado, cuando quiere hacer la interpretación restringida de los poderes legales del Congreso en lo referente á guerra.

El nos ha citado, señor presidente, á Hamilton y Cooley. La cita de Hamil-

ton nada demuestra en favor de su tesis; Hamilton no dice en ninguna parte que sea constitucional que los ejércitos permanentes sean pequeños; Hamilton dice, y eso se deduce de la misma cita que nos leyó el señor diputado: «convenirá que los ejércitos sean pequeños»; pero por razones de otro orden, no por razones constitucionales.

Por otra parte, señor presidente, aunque lo dijera Hamilton... El Federalista tiene una grande é indiscutible autoridad; pero es necesario no olvidar que Hamilton, Madison y Jay, se asociaron para la vulgarización de los principios fundamentales de la constitución, principios que no eran entendidos propiamente por todos los ciudadanos de los Estados Unidos cuando la constitución se sancionó, para evitar, por medio de esa vulgarización, las grandes cuestiones políticas y las grandes resistencias que la aplicación inmediata de la constitución suscitaba en todos los estados; y entonces, es natural que tratándose de un poder que despertaba verdaderas resistencias entre los partidarios de la autonomía excesiva de los estados, Hamilton tratara también de hacer esto, que es tan humano en estos casos, de restringir un poco esa facultad; pero en ninguna parte establece que ella tenga una limitación constitucional; por lo menos, si lo establece, yo no la he encontrado, y puedo asegurarle al señor diputado que no será por no haberlo revisado en detalle.

Además, es sabido la evolución que ha sufrido el derecho público americano con el transcurso del tiempo y con el transcurso de la aplicación de esos mismos principios constitucionales que hoy, en la práctica, la mayor parte de ellos no son los que fueron en el momento de sancionarse la constitución. Y me refiero también á Bryce en este punto, porque es admirable el largo estudio, la larga enumeración de veinte ó treinta prescripciones fundamentales de la constitución que se entendían de un modo cuando empezó á ponerse en práctica y que hoy se entienden de un modo completamente distinto, siguiendo siempre la tendencia de pasar de la interpretación restrictiva á la interpretación amplia. Demuestra Bryce cómo lo que hoy sostienen los partidarios de la interpretación restrictiva, era lo que entonces sostenían los partidarios de la interpretación amplia.

Esto está demostrado, señor presidente, que es cierta la definición, que á

mi modesto juicio es la mejor, de la constitución americana, es decir, que es ésta una enumeración de poderes no definidos, porque no pueden definirse los poderes en estas materias, porque no puede preverse las transformaciones que los intereses políticos, los intereses económicos y los intereses regionales pueden operar en un país después de veinte, treinta, cincuenta años de aplicación.

Bryce dice,—y me ha de disculpar la cámara que me refiera con tanta frecuencia á su notable libro—que muchas veces los americanos, estirando su constitución, han evitado que esta se rompa. El establece también, como decía, en esa larga lista, la demostración más evidente y acabada de que no es posible hacer el gobierno si se ha de hacer la interpretación restringida de los poderes.

Cooley también establece... pero antes de pasar á analizar á Cooley, quiero leer á la cámara cuatro palabras de una carta de Lincoln dirigida á Mr. Hodges.

Dice Lincoln... y me ha de disculpar la cámara si la traducción no sale muy completa porque el texto está en inglés: «Mi juramento de preservar la constitución me impone el deber de preservar por todos los medios indispensables ese gobierno, esa nación de la cual la constitución es ley orgánica. He asumido ese terreno, y me sostengo en él. No podría tener la conciencia de que había cumplido con mi deber, si para tratar de preservar la constitución, para salvar la esclavitud ó algún otro asunto menor hubiera permitido el naufragio del gobierno, del país y de la constitución juntos».

Y este es el único criterio posible de gobierno.

También Washington, cuya autoridad en materia de interpretación sincera y honrada de las leyes no podrá ser discutida, decía: «El tiempo y la práctica son necesarios para fijar el verdadero carácter del gobierno».

Creo, señor presidente, que no podrá hacerse una cita más autorizada que la de Washington en esta materia, porque no se encontrará en la historia humana un hombre de gobierno que haya observado con más honradez y lealtad la práctica de las instituciones republicanas.

Pero yo quiero salir del círculo irrefutable de las argumentaciones de Story, de Pomeroy, de Paschal, del juez Marhsall, de la sentencia de la corte,

que cité el otro día al señor diputado, en el caso de Mac Culloch, en el cual se establece que, creado el poder, se crean los medios necesarios para realizarlo, y que la enumeración de un medio no excluye los otros medios *necesarios* ó *convenientes*.

Entre nosotros, esa doctrina habría que aplicarla refiriéndose simplemente á los medios *convenientes*, porque nuestra constitución ha omitido deliberadamente la palabra *necesarios*, al referirse á las leyes que puede dictar el congreso, como muy bien lo hace notar Calvo, que se manifiesta contrario á esa supresión, diciendo que había sido un error de nuestros constituyentes dar al congreso el poder casi ilimitado de legislar, autorizándolo á usar los medios convenientes y no los necesarios y convenientes, como acuerda la constitución de los Estados Unidos.

Pero yo quiero ir al terreno que ha elegido el señor diputado, quiero ir á batirlo con sus propias armas, quiero ir á Cooley. Este dice que es necesario hacer la interpretación restringida en lo referente á la materia misma de la legislación, con el objeto de evitar los choques entre el poder legislativo, el poder ejecutivo y el poder judicial; establece que siendo la constitución americana una constitución de armonía y de equilibrio de poderes, si cualquiera de éstos hace entrar en la esfera de su jurisdicción materias, por lo menos dudosas, se expone á conflictos con algún otro poder; y entonces en ese punto es necesario hacer la interpretación restrictiva. Esta es la teoría de Cooley.

Pero no es el caso actual: nadie discute que dictar una ley sobre este punto puede ser materia del poder ejecutivo ó del poder judicial; es evidentemente una facultad exclusiva del Congreso.

Y vamos á ver cuál es la opinión de Cooley en materia de poderes del Congreso.

Cooley dice: «Respecto de la constitución de los Estados Unidos, la regla ha sido establecida: que cuando se confiere un poder general ó se impone un deber, cada poder especial necesario para el ejercicio del poder ó el cumplimiento del deber también queda conferido.»

Establece una llamada, y cita en apoyo de su opinión á Story, *Constitutional law*, título 430, — la biblia de los partidarios de la interpretación amplia. Ese es el título, y en él apoya Cooley su teoría.

Pero cita también el caso de Mac Culloch versus Maryland, que cité el otro día.

Agrega más adelante: «Está establecido como regla general que cuando la constitución da un poder general, da también los poderes especiales.»

Y lo repite varias veces.

Mientras el señor diputado hablaba el otro día, yo sentía que algún recuerdo me venía á la memoria, tenía la impresión de que Cooley declaraba que el servicio obligatorio era constitucional. No me atreví á interrumpir al señor diputado porque no tenía la seguridad; pero así que llegué á mi biblioteca empecé á revisarlo y ya casi desesperaba de encontrar la cita, porque no se ocupa especialmente de esta cuestión, cuando más por casualidad que por otra causa la encontré en el párrafo donde Cooley se ocupa de la facultad de las municipalidades para imponer impuestos. No me extraña que el señor diputado no la haya encontrado; yo reconozco que por casualidad la hallé.

Estudia esta cuestión: si una municipalidad podría poner impuestos para pagar los personeros de los sorteos, á los individuos que viven en su municipio á quienes no haya correspondido el servicio por sorteo, si es que el gobierno nacional permite el personero; si es que no lo admite, si la municipalidad podría imponer impuestos para mejorar la suerte de los sorteos, dándoles primas ó sosteniendo á sus familias durante el tiempo que estén en servicio.

Y haciendo con mucho interés esta discusión, se refiere indirectamente á la ley de conscripción, y allí está la opinión que yo recordaba mientras el señor diputado hablaba. Ya verá el señor diputado, el partidario de la interpretación restringida.

Dice: «Como el poder de declarar la guerra y dirigir las operaciones militares está conferido en el gobierno nacional, quien está armado de un control ilimitado sobre todos los recursos del país para ese fin y el deber de la defensa nacional, y por consecuencia de defender á todos los ciudadanos, también como la propiedad de todas las organizaciones municipales de los estados está conferida á las autoridades nacionales.»

Agrega más adelante: «Sin embargo, cuando surge una guerra que impone todas las energías de la nación, que hace necesario llevar á campaña un gran

porcentaje de los hombres válidos y que puede hacer imperativo recurrir á todos los medios para llenar las filas del ejército y de la armada, entonces es cuando surge la cuestión.»

Reconoce claramente que los poderes nacionales tienen todos los medios necesarios, derivados exclusivamente del poder de declarar la guerra. Podría continuar sobre este punto, señor presidente, porque tengo aquí marcados diversos párrafos en que establece esta misma interpretación.

Creo haber demostrado que la autoridad fundamental citada por el señor diputado, como partidario de la interpretación restringida, da en este asunto la razón á la minoría de la comisión.

Ahora, saliendo del terreno estrictamente legal, me ha de permitir la cámara que termine esta síntesis con un recuerdo de uno de los primeros presidentes que ha tenido la Francia: Félix Faure.

En Francia, como en todos los países bien organizados, el poder ejecutivo no puede disponer de un solo centavo fuera del presupuesto, porque son las cámaras las que votan los gastos; y allí la ley se observa con rigurosa escrupulosidad.

Cuando surgió lo que se ha llamado el incidente de Fashoda, las resoluciones diplomáticas de Francia é Inglaterra estuvieron á punto de llegar á una ruptura; de tal manera que los hombres del gobierno francés creyeron durante tres ó cuatro días en la inminencia de la guerra. En esta situación, el ministro de marina se presentó al presidente y le dijo que uno de los puertos militares de Francia, no recuerdo si Cherburgo, no estaba en condiciones de defensa, y que se hallaba expuesto á un ataque de la escuadra inglesa, que podría tomarlo si no se hacían inmediatamente allí obras que importaban más de cien millones de francos. No estaban en guerra; estaban en plena paz.

A pesar de lo bien informados que suelen ser los diarios europeos—todos se habían dado cuenta de que la situación no era cómoda—ninguno sospechó el contenido de las notas cambiadas, y sobre todo, ninguno llegó á sospechar que durante veinticuatro horas el gobierno francés estuvo esperando la declaración de guerra por telégrafo.

¿Qué hizo Félix Faure en esta situación? Llamó á sus ministros y les dijo que estaba dispuesto á violar la ley de presupuesto y á asumir solo ante el país

la responsabilidad de gastar esos cien millones de francos, si los ministros no querían acompañarlo solidarizándose con él. Los ministros declararon que gustosos lo acompañaban y se labró una acta, firmada por el presidente y sus ministros, en que declaraban—no trataban de justificar, de cubrir su medida con algunos términos dudosos que podían haber encontrado en la constitución—que habían violado la constitución y la ley de presupuesto para poner al puerto militar más importante de la Francia en condiciones de defensa contra un rápido ataque de los ingleses.

Después de firmada esa acta, Faure llamó á su casa á los siete ú ocho jefes de grupos parlamentarios opositores al ministerio que estaba gobernando entonces, y les exigió que firmaran esa acta con él. Y no hubo uno solo de esos jefes de grupos opositores, que sin una vacilación, no pusiera su firma al pie de esa acta y yo creó, señor presidente, que las firmas al pie de esa acta, no solamente de Félix Faure sino de los jefes de grupos opositores que la pusieron, es uno de los actos más honrosos de patriotismo que hayan hecho jamás cualquiera de ellos. (*Muy bien!*)

Yo desearía, señor presidente, que si llegara para mi patria una situación como la de Fashoda para la Francia, que los hombres que nos gobernarán no esperaran á la declaración de guerra del adversario, y que fueran capaces de labrar actas como aquella que tanto honra á los hombres que la subscribieron. (*Muy bien!*)

Ahora, señor presidente, voy á pasar á dar réplica al señor miembro informante de la mayoría de la comisión.

En la última sesión, el señor miembro informante operaba: yo estaba en la mesa, y él manejaba el bisturí sin piedad. Yo que me doy cuenta de esas operaciones, en las que parece que con un conocimiento anatómico admirable, se habían elegido los focos nerviosos más sensibles para hacer allí la disección, sé muy bien que todas ellas no eran dirigidas al diputado sino al miembro informante de un proyecto contrario, cuya palabra era de estricta conveniencia, de táctica parlamentaria, desautorizar ante la cámara. Yo le ruego, á mi vez, al señor miembro informante de la mayoría de la comisión, que no vea en mis palabras otro objeto, otro móvil que la misma necesidad parlamentaria á la cual ha tenido él que someterse; y de antemano declaro que muy equivo-

cado estaría quien diera á ellas otro alcance.

Quiero dejar constancia, como he dicho al empezar la réplica á la parte constitucional, que la gran mayoría, no sólo de los argumentos que yo he formulado, sino de los que han formulado también los otros oradores que han tomado parte en el debate á favor del proyecto del ejecutivo, no han sido levantados. Están subsistentes casi todos. Ahorro á la cámara, porque estarán seguramente en la memoria de los señores diputados, la larga enumeración de todos esos argumentos, que me sería muy fácil hacer.

Empezó á ejercitarse la ironía del señor miembro informante, cuando dijo que yo también había hecho campañas... de instrucción, agregaba. Y yo creo que hay un error en la calificación: que no fueron campañas, la misma ironía del señor diputado lo demuestra, y que no fueron de instrucción, me disculpará el señor diputado que se lo demuestre ahora.

El señor miembro informante de la mayoría tomó en consideración un hecho que cité, una marcha de resistencia... No era de resistencia sino de traslación de cuatro leguas, en que enganchados del 4 de línea habían quedado rezagados en el camino, y explicaba el hecho diciendo que eran palúdicos que, al ser sacados de su clima para ser transportados al clima de la provincia de Buenos Aires, sufrieron los efectos de la traslación.

Yo no sé, señor presidente, la causa de ese verdadero fracaso de resistencia; no tengo la obligación de saberlo. El señor diputado, que era entonces jefe de estado mayor, puede saberlo; pero yo sí sé que esos enganchados lo fueron en las oficinas de reclutamiento establecidas por el señor diputado. Entrego ese hecho á la consideración irónica del señor diputado.

Yo he afirmado también, que en esa campaña de instrucción tuve necesidad de nombrar clases de mi compañía á los hombres que encontré que supieran leer y escribir, porque no había allí nadie que tuviera instrucción militar. Es sabido la importancia que tienen las clases en la instrucción del soldado, sobre eso ha guardado un profundo silencio el señor miembro informante de la mayoría. Entrego también este hecho á la consideración irónica del señor diputado.

Yo he afirmado, señor presidente, que

en esa división, digámoslo, no se hizo un solo ensayo de fortificación de campaña, que no se enseñó, no digo á los soldados, ni siquiera á los oficiales, hoy que á causa de los progresos de los armamentos modernos, esas fortificaciones son una verdadera base de la instrucción. Entrego también ese hecho á la consideración irónica del señor miembro informante.

Las compañías se formaron, señor presidente, agrupando los conscriptos á medida que llegaban, desconociendo, como se desconoce en el proyecto de la mayoría, las ventajas irrefutables de la división y del sistema regional. Esa compañía que yo tuve el honor de mandar, y que ha sido el motivo de tantas ironías, estaba formada por concriptos de Zárate, del norte de la provincia, de Pehuajó y del oeste de Buenos Aires. Hubiera sido curioso el ensayo de reorganización de esa compañía, si hubiera sido necesaria una movilización militar poco tiempo después.

Es sabido que el conocimiento recíproco de los jefes, de los oficiales y de las clases es lo único que produce entre ellos esa abnegación y esa cohesión que son los principales secretos de la victoria. Entrego también esa manera de formar compañías, á la consideración irónica del señor diputado.

Podría entregarle muchas otras cosas, señor presidente, pero prefiero entregarme yo mismo, de cuerpo entero, como el mejor blanco á su ironía, reconociendo que la he merecido, que es perfectamente justa, no por haber tenido la aspiración de aprender á manejar una compañía de guardia nacional, para ponerme en condiciones de poder defender á mi patria, sino por haber tenido la ingenuidad, sólo explicable por mis pocos años entonces, de creer que en esa forma, con ese sistema, qué hoy se sostiene como sistema permanente de organización militar argentina, era posible realizar tan modesta aspiración! (*Muy bien! muy bien! Aplausos.*)

Y repito, señor presidente, lo que dije en las sesiones anteriores: hago plena justicia al esfuerzo y á la pericia de los que fueron nuestros jefes. Hicieron todo lo posible, dada la escasez de tiempo y de elementos.

Antes de pasar adelante, señor presidente, quiero protestar... protestar no es la palabra... quiero significar que no puedo aceptar como un medio legítimo, racional de discusión de una ley militar, el sistema de discusión autobiográfica que

ha sido implantada en el curso de este debate. ¡(Muy bien!) Que los partidarios de su proyecto tengan más servicios que los partidarios de otro, nada significa ni demuestra á favor de la bondad de un proyecto ó de otro. ¡(Muy bien!)

Pero, señor presidente,—y esto de paso—el mismo señor miembro informante, negándole autoridad y experiencia al señor ministro de la guerra, le decía: El señor ministro ha pasado la mayor parte de su vida en Europa ó comprando armamentos, que él conocía, que conoce el país entero, son eximios, ó estudiando; estudiando, señor presidente! ¡Por eso sabe y por eso estamos con él! (Aplausos.)

Yo admitiría, señor presidente, que se invocara como autoridad en el debate ó la gloria militar ó la experiencia militar. La gloria militar, porque debe suponerse que los que la tengan poseen realmente el alto sentimiento, la alta inspiración de las grandes conveniencias nacionales.

Puede ser que yo esté equivocado, señor presidente; pero creo que los que podrían invocar los títulos de la verdadera gloria militar, en este debate, no lo han hecho, han guardado silencio; porque reconozco, puede ser que esté equivocado, pero para mí la gloria militar no se gana al través de la triste historia de nuestras contiendas civiles; en ellas sólo se han podido ganar ó perder prestigios personales: la gloria militar sólo se gana en los campos de batalla, en la lucha con una nación extranjera, allí sí: es esa la gloria militar para mí y es la que reconozco! (Aplausos.)

Yo creo que las estatuas con las que la patria inmortaliza la gloria de sus grandes guerreros, no se han de levantar sobre los pedestales sin gloria de los cadáveres hermanos. ¡No, señor presidente! Se han de levantar á los que hagan triunfar nuestra bandera en contienda con el extranjero, para salvar la existencia, la vida, el porvenir y el honor de la patria! ¡(Muy bien!) Esa es la gloria militar!

La experiencia militar también se ha invocado. ¿Cuál es la experiencia que puede invocarse, tratándose de hacer una ley de organización militar? No será, seguramente, la experiencia del mando de compañías ó de batallones de tropas ó de policía. No, señor presidente; es la experiencia de los grandes comandos en campaña; es la experiencia de los hombres que han demostrado

que saben reunir, mover, dividir, hacer marchar y combatir grandes masas de hombres; esos sí podrían argumentar con su experiencia, y esa experiencia ha sido irrefutablemente invocada por el señor ministro de la guerra, cuando afirmaba que los cinco tenientes generales que tiene el ejército argentino, los cinco son partidarios del proyecto de la minoría.

Pero el señor diputado contestaba á uno de mis argumentos, que creo que es de los que hicieron más impresión en la cámara y en el país, el argumento de que Moch, el autor de cabecera que el señor diputado ha citado, era socialista. Él trató, porque indudablemente el señor general es un habilísimo abogado, él trató de desautorizar inmediatamente el efecto que ese descubrimiento había causado, diciendo que yo había citado un folleto hecho por los socialistas y en el cual se habían estudiado como medio de vulgarizar las ideas fundamentales de Moch.

Por lo pronto, y aunque el hecho fuera exacto, los socialistas y el señor general, coinciden en las ideas de Moch. Pero es que está equivocado el señor diputado. El folleto que yo he citado es el editado por el mismo Moch: «La reforma militar—Viva la milicia», por Gastón Moch, antiguo capitán de artillería.

Comienza usando el yo, señor presidente, cosa que pocas veces acontece, y dice: «Yo ruego encarecidamente al lector que no se pregunte si el autor es socialista.» Así empieza Moch: «Yo ruego al lector» y agrega más adelante: «Los artículos que *j'ai réunis*—que yo he reunido—ha sido por pedido del director de *La petite république*.»

Por otra parte, es un hecho absolutamente indiscutible que Moch es una de las personalidades más sobresalientes del socialismo francés, y no ha sido este libro, este folleto editado por los socialistas; si mal no recuerdo el libro que yo veía sobre la mesa del señor miembro informante de la mayoría el otro día, era el libro de Moch. «El ejército de una democracia». Y bien, señor presidente, este es editado por Moch; pero eso «El ejército de la democracia» es editado en París, edición de le *Revue blanche*; y la *Revue blanche* es, como saben los señores diputados, el órgano más caracterizado del socialismo francés. Claro es entonces que si pudiera hacerse argumento del hecho de ser un libro editado por los socialistas, cualquiera que él fuera, queda irrefutable-

mente demostrado que Moch es un socialista.

Ahora el señor diputado nos ha citado otra autoridad—esa es nueva—la del coronel Henderson.

El señor diputado usa y abusa del derecho que le da la circunstancia de ser un profesional, de citar á quien le parece, á quien se le ocurre—¡Cómo me habría puesto á mí el señor diputado si yo hubiera ido á hacer citas de esa naturaleza! Porque yo, que no tengo autoridad ninguna en esta materia, me veo en la necesidad de buscar las autoridades admitidas por el mundo científico militar moderno, por los estados mayores generales europeos, mientras que el señor general, no: él es un profesional, su palabra tiene autoridad por sí misma, puede tomar sus citas donde más le acomode: puede ir, como ha hecho con Henderson, á sacarle entre las columnas de revista, entre una charada para diversión de las familias, y algún interesante problema de ajedrez. (*Risas.*)

¡Qué cosa tan hermosa y elocuente hubiera dicho el señor diputado si yo hubiera buscado mis autoridades en esa fuente!

Peró á mí me parece que ya que él, haciendo uso del derecho que yo le reconozco que tiene, de buscar sus autoridades donde le cuadre, porque no lo necesita, su propia palabra basta, ha sido injusto conmigo; yo, que no tengo autoridad, no puedo aceptar la del coronel Henderson solamente; lo aceptaría si el coronel Henderson viniera al seno de la cámara junto con la autoridad de todos esos brillantes generales estratégicos que han dado los maravillosos resultados que toda la cámara conoce, atacando de frente las posiciones del Tugela sin prepararlas primero por el fuego de la artillería ó encerrando sus tropas en desfiladeros sin hacer reconocer primero las alturas! (*Muy bien, muy bien!*)

Si citara todas esas autoridades juntas, yo se las aceptaría.

Se ha hablado también de Sadowa; me ha dicho el señor miembro informante que yo ignoraba la composición de las tropas austriacas en Sadowa, y por eso me lo toleraba.

Yo me acojo á la alta protección de su tolerancia; creo que en un debate de esta naturaleza uno debe aprovechar todas las ventajas que el adversario le da, y á su vez debe dar los menos posible. De manera que él me tolera á mí eso, y yo lo acepto; pero si le demues-

tro que no soy yo el equivocado sino él, no estoy dispuesto á tolerarle nada: él tiene la obligación de saberlo todo; para eso es profesional. (*Risas.*)

El señor diputado que, como he dicho, es un habilísimo abogado, ha dado á mis palabras una inteligencia que no tenían cuando yo decía que ya Jomini había profetizado la derrota de los austriacos, á causa de estar establecido el servicio obligatorio en Prusia, y de que no lo tenía el Austria.

Yo no me he referido á la materialidad de la existencia de una ley vigente. Ese podría ser un argumento como el que ha hecho el señor diputado por Corrientes, invocando un precepto análogo de Austria, pero observo que no discutimos derecho constitucional, sino la composición real de los ejércitos; y esa ley había sido desnaturalizada de tal manera, por el abuso de los prisioneros, que no es la permuta, que en realidad las tropas austriacas estaban, por esa razón, en condiciones de absoluta inferioridad respecto de los prusianos, porque como dice Martín Arrué en su *Historia militar*, las tropas prusianas aventajaban, en calidad, á las austriacas; su servicio obligatorio había nutrido las filas del ejército de Prusia de soldados cuya superioridad sobre los austriacos, reclutados entre los desheredados de la fortuna, era innegable. Eso dicen todos los escritores militares que yo he podido consultar y que analizan las tropas austriacas en Sadowa, reconociendo que la gran ventaja de los prusianos estaba en la presencia de hombres de todas las clases sociales en las filas de su ejército.

De manera que aunque hubiera tenido razón el señor diputado al hacerme la cuestión de palabras que me hizo, yo tenía razón en el fondo.

Nos ha dicho también el señor miembro informante, y ha hecho de esto uno de sus caballos de batalla: las armas modernas, el fuego de repetición, el proyectil de pequeño calibre, la artillería de tiro rápido, de tiro curvo, todos esos admirables progresos de la balística moderna, van á cambiar por completo el carácter de las guerras futuras; y de ahí deducía, por supuesto, la ventaja del sistema de la mayoría.

Yo no me animo á seguirle en ese terreno, porque no quiero justificar su ironía embarcándome en cuestiones técnicas, las que creo haber demostrado la discreción de eludir; pero yo he consultado mucho, he hablado con los

jefes superiores del ejército, á los que en mi criterio atribuyo más autoridad, y, todos, unánimemente, me han dicho que el señor diputado está equivocado, que los progresos de la balística podrán introducir en la táctica de combate todas las modificaciones que el señor diputado quiera, pero que nada tienen que ver los progresos de las armas y de la balística con los principios fundamentales de la organización de los ejércitos, cosas que son absolutamente distintas.

En mi criterio, estos jefes y oficiales tienen completa razón: nada tiene que ver la manera cómo se combatirá con los principios de la organización del ejército.

El señor diputado por la capital, dando un alcance que no tiene á una palabra incidental, me ha tomado de plastrón para entonar un himno al ejército. Y yo suscribiría todas y cada una de sus frases, porque interpretan fielmente mis sentimientos para esos bravos á quienes sólo se hace justicia en las horas supremas de peligro nacional.

Mal podría yo, señor presidente, decir nada en contra del ejército, cuando tengo siempre en el fondo del alma, con la amargura de lo irreparable, el pesar del error juvenil de haberme dirigido á la facultad de derecho en vez de haberme encaminado al colegio de Palermo.

El señor diputado, haciéndome un elogio que agradezco, me ha dicho que yo he leído como ciento veinte libros para prepararme para este debate, y que probablemente por eso no he tenido el tiempo necesario para leer su proyecto.

Cierta la primera parte: he tenido que leer mucho para prepararme para este debate, no para traer citas fáciles de hacer, sino para tratar con toda sinceridad de formar mi propio criterio. He tenido que leer mucho, pero no ha sido tanto que no me haya alcanzado el tiempo para leer el proyecto de la mayoría de la comisión, y eso que he necesitado tiempo para darme cuenta de su espíritu, y lo reconozco de antemano, adelantándome al argumento, que puede haber sido deficiencia mía y no del proyecto.

Yo me encuentro, señor presidente, con que ese proyecto está fundado en principios contradictorios irreconciliables, en principios entre los cuales no se podrá encontrar nunca un término de transacción, un punto de contacto;

y por esto es que sucede en este debate una cosa curiosa. A veces hacen los que sostienen las bondades del proyecto de la mayoría de la comisión, citas ponderando las ventajas de la guardia nacional; á veces hacen citas diciendo que son indispensables los veteranos. Los dos les vienen bien.

Sr. Falcón—Eso hace la minoría de la comisión.

Sr. Demaría—Ya veremos si lo hace.

Las dos citas le vienen bien. Por un lado, ellos sostienen que es indispensable el veterano, como instrumento de combate...

Sr. Falcón—De esa manera...

Sr. Demaría—Le ruego al señor diputado que no me interrumpa.

Sr. Falcón—Bueno.

Sr. Demaría—Ellos dicen que el veterano es un instrumento indispensable de combate. Entonces, para los que no entendemos mucho de estas cuestiones, la consecuencia sería: vamos á hacer un ejército de veteranos, vamos á buscar los medios de sostener el número necesario de veteranos que la defensa del país requiere. Parece que esta es la consecuencia que naturalmente fluye de ese principio.

Pero, no, señor presidente. Estableciendo que los veteranos son el único instrumento bueno de combate moderno, se limita,—porque hay que buscar aunque el proyecto no lo dice en las palabras con que fué informado, cuál es su espíritu—; á ocho, diez ú once mil veteranos, y el resto hasta los ciento y tantos mil hombres que el país necesita, esos son guardias nacionales con una simple instrucción de tres meses.

Parece que esto no está de acuerdo con el principio de que los veteranos son indispensables.

Yo trataba de encontrar el punto de armonía de estos dos principios contradictorios, y después de leer muchas veces el proyecto, dije: ha de estar en los batallones mixtos. Probablemente el espíritu del proyecto, porque el proyecto no lo dice tampoco, ha de ser encuadrar cien mil guardias nacionales en los diez mil veteranos de línea. Pero los batallones mixtos han sido condenados por la ciencia y por la experiencia. Entonces, queda descartada esta hipótesis de que sean encuadrados los guardias nacionales.

Sigo estudiándolo, porque me había propuesto penetrar en su esencia, y más que en el proyecto, en las palabras con

que ha sido informado, me he dado cuenta, puede ser que esté equivocado, de que la idea fundamental que lo informa es: No molestemos al país por ahora con servicios que puedan perturbarle, con exigencias que no sean cómodas para toda la población, tenemos la cordillera que nos protege, tengamos un ejército de diez mil veteranos, si es que veteranos puede llamarse á los enganchados, como dije la primera vez que tuve el honor de hacer uso de la palabra, para que defiendan esa cordillera y nos den tiempo, en caso de guerra, para hacer la organización que el país va á necesitar.

Por lo pronto este no es un proyecto de previsión; es un proyecto que se limita á instruir á los hombres y no los organiza, porque los pone en tiempo de paz en una organización que no será la que tendrán en tiempo de guerra; porque los hombres de veinte años, después de recibir instrucción, vuelven á la guardia nacional de sus provincias, y en la guardia nacional están confundidos los de veinte, de veinticinco y de treinta años.

De manera que en la paz no están en la organización con que van á ir á la guerra, y si ésta se produce habrá que organizarlos. Esto es indiscutible. No es, pues, un proyecto de previsión el de la mayoría de la comisión.

Pero veamos cómo se prepara el proyecto para poder hacer esas improvisaciones en el momento de la guerra, es decir, cuando esos diez mil veteranos están peleando en la cordillera. Yo no entro á tratar en qué forma, porque no tengo el derecho de entrar en estas cuestiones de carácter técnico, si por el sistema de cordón ó por el sistema que proponía el señor ministro. Pero en fin, por cualquier sistema que sea, para nosotros, los civiles, va á resultar sólo que están defendiendo la cordillera.

Doy por sentado que esos diez mil hombres puedan hacer una defensa seria de la cordillera. Pero me digo: mientras esos hombres están haciendo una defensa sería ¿cuál será la situación en el resto del país? Pedir los conscriptos de veinte años á los gobiernos de provincia ó intervención militar en las provincias, en nombre de la necesidad suprema de la guerra. En cualquiera de los dos casos, un jefe militar en cada provincia mandando; ese jefe militar, teniendo que entresacar, como por un tamiz, los hombres que establece el proyecto, la modificación por clases

que establecen también las leyes europeas, más como una reglamentación administrativa que como otra cosa, según las palabras pronunciadas en el parlamento alemán por el ministro de la guerra, general Bronsard von Schellendor.

Pero ese jefe militar, entresacando los hombres de veinte años de la guardia nacional de las provincias, alguna organización tendrá que darles para llevarlos á la cordillera á encuadrarse entre los veteranos que están allá combatiendo. Todos los jefes y oficiales de línea estarán ocupados. Unos, estudiando la cordillera, otros en el ministerio, otros en el estado mayor, otros en transportar municiones y equipos, otros en la intendencia, etc. De modo que no se podría disponer de ellos. Habría, entonces, que apelar á los jefes y oficiales de la guardia nacional. Clases no hay ninguna; los diez mil hombres que podrían ser clases, aceptado que los enganchados puedan servir de clases—los soldados, no las clases—reclutados por procedimiento especial, están todos en la cordillera. Los hombres de tres meses están sin clases, y hay, entonces, que mandarlos á la cordillera durante el combate.

Bien, señor presidente; dice el general Von Stielten, que no es socialista ni es inglés: «No fué, sin duda, el valor, no desmentido, de los soldados franceses, lo que llevó á la Francia al desastre, ni la ignorancia de sus generales, que no fueron mejores ni peores que los nuestros. Fué la fuerza de un sistema. La confusión de la movilización con la concentración simultáneamente ejecutadas, en la que los reservistas rodaron de un lado á otro en busca de su regimiento, que no encontraron, ó que recién encontraron cuando batían retirada después de vencidos.»

Este es el mismo sistema que hoy se propone: hacer la movilización y concentración durante el combate, con esta especialidad: que son los cuadros de clases los que combaten y de aquí les vamos á mandar el resto de la tropa para hacer el encuadramiento dentro de esas clases durante el combate.

Me ha de permitir también la cámara que lea unos telegramas que cita Von der Goltz y que podrían ser de admirable aplicación argentina, en el desgraciado caso de que llegáramos á una guerra con este sistema de improvisaciones que todo lo fia á la acción de la última hora.

Dice Von der Goltz: «Conocidos son algunos de los angustiosos telegramas de subordinados sin consejo que por todos los hilos llovían sobre el ministerio de guerra francés. «Tengo aquí 1000 hombres de reserva; no sé qué hacer de ellos; ¿debo enviarlos todos á Argelia, aprovechando los transportes que hay en el puerto?» preguntaba el general comandante de la división territorial de Marsella.

¿Qué bien podría ser este el caso de que preguntara lo mismo alguno de los generales argentinos que se encontrara en una de las provincias del interior intervenida militarmente en caso de guerra!

Así se dirigía el *mayor general* del ejército, que había estado hasta entonces en el ministerio, á uno de los generales comandantes de cuerpo de ejército. «¿Cómo se encuentran vuestras formaciones? ¿Dónde están vuestras divisiones? El emperador os ordena apresuréis aquella y que os incorporéis á MacMahon sin perder tiempo.»

Esto podría repetirse dentro del sistema de improvisaciones de la mayoría. Habríamos de ver al ministro de guerra preguntando á cualquiera de esos generales que estarían en las provincias. ¿Dónde están vuestras divisiones en este momento?

El intendente de guerra de Metz hace este telegrama: «En Metz no hay ni café, ni azúcar, ni arroz, ni aguardiente, ni sal; hay poco tocino y poca galleta: enviadme á Thionville un millón de raciones por lo menos.» Otro intendente comunicaba; en el momento de ponerse en marcha: «No tengo ni sanitarios, ni carruajes de ambulancia, ni oficiales de administración, ni hornos de campaña, ni tren.» ¡Ni nada tendríamos! Porque en este proyecto no se establece el principio de la división regional del país, en concepto á movilizar, dentro de cada región, todas las tropas con sus armamentos, equipos, vestuarios, y todo lo que puedan necesitar para ser movilizadas dentro de la misma región.

Pero, señor presidente, esa fué la razón de porque Napoleón III no tomó la ofensiva, como era su intención al principio, y como muy bien lo había previsto Molke cuando calculó con varios días de anticipación, teniendo en cuenta el término mínimo de movilización, que Napoleón le pondría 243.000 hombres sobre sobre la línea de fronteras. Así, pues, que si siguiéramos este sistema, quizá algún vecino tendría calculado,

con matemática precisión, la cantidad de hombres que podríamos llevar á los puntos invadidos.

Y no fué por falta de voluntad, como dice el general Von der Goltz ni por falta de valor, ni por falta de energía, sino que cuando se dirigió el mismo Napoleón á la frontera, se encontró que era absolutamente imposible tomar la ofensiva, como era su propósito. ¿Por qué? Porque le faltaba todo: medios de transporte, ambulancias, municiones, todo. ¿Y por qué le faltaba todo? Porque no se había establecido el principio de la división regional, y porque se había desconocido el principio fundamental de que no puede comenzarse la concentración hasta después de terminada la movilización. No se puede hacer simultáneamente, en plena guerra, una y otra cosa, ni hacer tampoco el encuadramiento con los hombres que están luchando en una cordillera. ¿Por qué? Porque—no quisiera ser profeta de desgracia—porque si eso sucediera, cuando los hombres llegaran á la cordillera encontrarían las tumbas llenas de gloria de esos diez mil hombres, y nada más. ¿Por qué? Porque por ineptos que fueran los jefes que mandaran los adversarios, comprendiendo que esos diez mil hombres constituyen la médula, el esqueleto de nuestro ejército, á costa de cualquier sacrificio, los aniquilarían.

Pero se dirá, hay que defender la cordillera, y aunque como he dicho yo no puedo entrar en una cuestión de estrategia pura, reconozco que esa necesidad puede existir, pero no es con esas tropas, que serán los cuadros de toda la guardia nacional, con lo que puede hacerse esa defensa, porque si las perdíamos, quedaríamos sin cuadros de clases, es decir, al borde de la derrota.

Y no se me pregunte cómo y con qué tropas puede hacerse esa defensa. Yo contestaría que con cualquiera menos con los cuadros de clases, porque no podríamos exponernos á perderlos en esa forma.

¿Si esta no es una cuestión de técnica militar, sino una simple cuestión de buen criterio!—A costa de 10, 20, 30 ó 40 mil hombres, si se quiere, pero los aniquilarían, sabiendo entonces que quedaba la cuestión planteada en estos términos: ellos con la tropa que les quedara, instruída un año por medio del servicio obligatorio, y nosotros, con la tropa que nos quedaría, instruída tres meses por el sistema de la mayoría de la comisión.

Y en esas condiciones, ¿habría igualdad de mando? Yo no puedo hacer afirmaciones que tengan valor alguno, señor presidente en esta materia; pero todos los jefes y oficiales argentinos y extranjeros á quienes he consultado con motivo de estos debates, me han dicho: puede afirmar, sin temor de equivocarse, que con igualdad de mando, ustedes serían matemáticamente derrotados, porque con tropas de tres meses no se puede pelear á tropas de un año.

Sr. Godoy (E.)—Me permite una interrupción, porque no desearía volver á hablar.

Sr. Falcón — Para evitar un discurso...

Sr. Presidente—Ruego á los señores diputados que se sirvan no interrumpir.

Sr. Demaría—Yo les he escuchado sin interrumpirles...

Sr. Godoy (E.)—Mi observación tiene un carácter principal, señor diputado. Se refiere á los principios que deben dominar...

Sr. Presidente — Ruego al señor diputado que se sirva no interrumpir. El señor diputado por Buenos Aires no desea ser interrumpido.

Sr. Godoy (E.)—Muy bien.

Sr. Demaría — Yo quiero, á propósito de movilización y concentración, que son cuestiones técnicas y en las cuales yo no puedo entrar muy á fondo, recordar simplemente á la cámara una frase de Moltke. Algunos años después de la guerra de 1870, conversaba con un oficial inglés y éste le manifestaba su admiración, sobre todo por la forma en que había conseguido el estado mayor alemán hacer la movilización y concentración de su ejército; y el oficial inglés le decía: «¿Cómo habrá trabajado usted, en esos días, señor general!» y Moltke le contestó sencillamente: «Nunca he estado más desocupado; dí las órdenes y me fui á la frontera á esperar que fueran cumplidas.» Ese es el secreto de las operaciones. Eso no se hace con improvisaciones del último momento.

Señor presidente: cuando oígo las palabras elocuentes que pronuncia el señor miembro informante de la mayoría de la comisión, me siento atraído, por un sentimiento de simpatía irresistible hacia él; pero me encuentro defendido por un invencible cedimento de desconfianza contra los militares oradores, porque no puedo olvidar que con palabras casi tan elocuentes como la

del señor diputado, el general Leboeuf arrancaba á las cámaras francesas el voto de la guerra, asegurándoles la victoria, en momentos en que del otro lado del Rhin había un alemán que no sabía hacer discursos, que completaba los últimos detalles de esa organización previa que dió á su patria el trínfo militar más grande de la historia moderna. (*Muy bien!*)

Yo no puedo olvidar tampoco, señor presidente, que del otro lado de la cordillera hay un hombre inspirado en la escuela y en los métodos de aquel alemán, que no hace discursos, que está trabajando hace diez años, implantando su sistema, sus métodos, su tradición, su organización, con la estabilidad y la perseverancia con que un prusiano, que ejerce una verdadera dictadura militar, como él, puede hacerlo.

Entre estos dos sistemas, yo quiero para mi patria, el del alemán silencioso.

He dicho. (*Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Balestra—Pido la palabra.

Señor presidente: Como mi incompetencia en esta materia es tan notoria á los demás, como lo es para mí mismo, empezaré rogando á los que me escuchan que achaquen mi actitud en este debate sólo á la consideración de que es más grave votar que hablar en asunto de suyo tan importante; y quien está obligado á decidir con su voto, debe ser disculpado si emite su opinión con una libertad á que no lo autoriza su competencia, pero que le exige su situación. (*Muy bien!*)

He de confesar también—¿por qué no decirlo?—que siendo mi situación la de la mayoría de mis honorables colegas, acaso mis ideas reflejen el verdadero estado de espíritu de muchos de ellos; ó simplemente presenten ocasión para que se rectifiquen mis errores, con lo que todos habremos ganado, acercándonos á la verdad más útil, única cosa que, sobre todas las pasajeras, debemos buscar en este lugar y en este asunto, que se debate en medio de una solemne expectativa y amparado por una noble tregua de todas las pasiones del momento. (*Muy bien!*)

Mas por mucha que sea la tolerancia que les exigirá á los señores militares que me escuchan, especialmente, la manera civil y el criterio argentino, casi diría criollo, con que voy á encarar esta cuestión, puedo asegurarles que mi sinceridad sólo será igualada por mi respeto, por mi cariño al ejército nacional; sentimientos cuyo origen quiero

decir, para poner bajo la advocación de ese recuerdo mi conducta en este debate.

He vivido la vida de mi generación, á la que no fué extraño en muchas ocasiones el ruido de las armas; he compartido las agitaciones del país en épocas tan cambiantes como los impulsos del hombre en la mocedad, pues los pueblos también tienen su juventud; y he recogido alguna experiencia, que desgasta ilusiones y retoca juicios; pero nada ha conseguido borrar, atenuar siquiera en mi espíritu, una impresión juvenil, infantil, mejor dicho, que como una pesadilla negra se estampó en las primeras páginas de mi memoria.

Un día, el pequeño pueblo correntino en que nací, era inundado por una horda extraña de seres pálidos, congorros y camisetas color de sangre, de gesto desconfiado y marcha cautelosa, que con fatídico método se entregaban al saqueo... Resonaba el golpe seco de las hachas volteando puertas, en medio de un silencio sepulcral que sólo interrumpía algún grito angustiado. Los niños corríamos aterrados á llevar la noticia á nuestras casas: los varones ya no estaban en las familias y de los ojos de las madres corrían lágrimas! Es que esos hombres eran el último invasor extranjero que pisó alevosamente el suelo de la patria intentando hollar su altivez, su honor, su integridad. Luego siguió la emigración en las sombras, el abandono del hogar, el desamparo, algo así como la tortura de todos los primeros afectos... hasta que el triunfo de los ejércitos nos devolvió al suelo querido.

Desde entonces—y era antes de que la razón iluminara el cerebro,—yo recogí la impresión, como se imprime en la carne propia una marca indeleble, de que el ejército de la nación era más que una fuerza, más que un organismo, más que una institución, pues era la patria misma, defendiendo su suelo, sus hijos, su honor y su porvenir. (*Grandes aplausos.*)

Sr. Ministro de la guerra—Por eso queremos que el ejército de la nación sea el pueblo de la nación. (*Muy bien! muy bien! Aplausos.*)

Sr. Balestra—No lo vamos á conseguir, señor ministro, si empezamos destruyendo el glorioso ejército de línea...

Sr. Ministro de la guerra—No intentamos destruir.

Sr. Balestra—Sí, señor ministro, se intenta destruir, y por eso vengo á

este debate con el ánimo afectado, porque creo que pelagra el viejo ejército de línea, que está amenazada gravemente la guardia nacional, también; y hasta se atenta contra el sistema federal de gobierno, que ha constituido esas regiones militares de que senos acaba de hablar, en cada una de las provincias, y ha puesto á su frente como gobernadores hombres representativos del patriotismo local, los cuales siempre cumplieron sus deberes sin necesitar de interventores que fueran á guiarlos en la hora de los peligros nacionales. (*Muy bien! muy bien! Aplausos en las bancas y las galerías.*)

Sr. Godoy (E.)—Podríamos pasar á cuarto intermedio.

Sr. Presidente—Invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Se pasa á cuarto intermedio.

—Prolongados aplausos en la narra.

—Vueltos á sus asientos los señores diputados, continúa la sesión.

Sr. Balestra—Señor presidente: El problema militar se llama esta cuestión. ¿Cuál es el problema militar de una nación? Recojo la definición del concepto universal, y digo: conseguir la seguridad en la paz, preparándose para la guerra.

De tal definición, fluye como consecuencia que hay un problema militar permanente, derivado de la situación geográfica del país y del cálculo general de las eventualidades; y que hay un problema militar concreto, que deriva de las cuestiones políticas de los pueblos, de su situación económica, de las diferencias pendientes, y en suma, de todo aquello que es susceptible de alterarse con el transcurso del tiempo.

Excusado es decir que el planteamiento y estudio, tanto de una como de otra faz del problema, desde el punto de vista exclusivamente militar, (con prescindencia del diplomático, que siempre le sirve de antecedente), son esencialmente técnicos, y es el primer punto en que cumpla mi programa de no intervenir en aquello en que no puedo hablar con un criterio propio, dejando su dilucidación á los distinguidos profesionales que toman parte en el debate; pero no obstante, me ha de ser permitido señalar, como jalones para el debate, dos consideraciones de carácter sociológico, perfectamente visibles, que me parece importan mucho á la cuestión.

Todo parece haber contribuido en la

República á imposibilitar las guerras en su territorio: por el lado del Atlántico, la defiende el mar y la calidad de sus vecinos: por el del Pacífico, el coloso de los Andes; y si se precisará una confirmación, está toda nuestra historia militar después del ataque de los ingleses de 1806 y 1807, única y última tentativa,—tal fué el escarmiento!—de hacer las grandes potencias europeas presa en nuestro territorio. La guerra de la independencia, que fué una improvisación de hombres y armas, quedó reducida al límite norte casi inmediatamente; y antes de seis años no pisó más un enemigo el territorio nacional. La del Brasil tuvo por teatro la Banda Oriental; la del Paraguay—después del golpe de mano de Corrientes, y la campaña á Paso de los Libres, tuvo por teatro el país enemigo. No hemos hecho otras guerras.

En cambio, de otro punto de vista, este país, colocado en la extremidad del continente, parece destinado, como ha dicho hace poco el venerable general Mitre, para servir de teatro á una nueva evolución de la especie, cualquiera que sea la raza de hombres que lo pueble; y lo están poblando las razas humanas más vigorosas, realizándose en el crisol nacional, una selección, de la cual ha de salir el tipo nacional definitivo.

No figuramos con nuestro poder militar entre las grandes potencias, en el choque de los intereses humanos, ni llegaremos á figurar en mucho tiempo; pero actuamos sí, en el comercio universal, y somos un factor cotizado, por nuestro poder productivo. Es de la paz y la labor que debemos de esperar el triunfo argentino verdaderamente indiscutible; el triunfo de nuestro crecimiento y de nuestros progresos. (*¡Bien! bien!*)

Entonces no sería completa la definición del problema militar argentino que antes daba, de conseguir la seguridad de la paz preparándose para la guerra, si no le añadiera esto: no perturbando de ninguna suerte los progresos naturales del país.

Bien, señor: plantadas estas banderas, que han de darnos el rumbo, á modo de jalones del debate, entremos á los proyectos militares que se discuten en la cámara.

He oído trazar líneas divisorias muy profundas entre los dos proyectos.

Declaro sinceramente que comparto y no comparto esta opinión: no la comparto en cuanto se intenta á obscure-

cer el debate con preocupaciones sobre palabras no definidas y que acercan los dos sistemas en realidad, apartándolos en apariencia; y la comparto, en cuanto, en verdad, el proyecto de la mayoría conserva y perfecciona las instituciones militares de la República, y el de la minoría rompe con su tradición, desorganiza lo existente, destruye y ofende las leyes fundamentales del país.

Veámoslo:

Se dice que uno de los proyectos responde al sistema del enganche y el otro al de la conscripción.

No hay tal cosa: los dos proyectos tienen como base primordial el enganche, el voluntariado, y lo tiene en forma mucho más grave y acusable del punto de vista de los principios, el proyecto del poder ejecutivo.

La base de su ejército es un núcleo de mil quinientos enganchados, de los que pueden salir, pasando por la escuela de clases,—condición que también la tienen los conscriptos,—los cabos y sargentos del ejército permanente para enseñar... señor diputado por Entre Ríos... á los jóvenes conscriptos, por más que se clame contra el escándalo de que un enganchado enseñe á los jóvenes lo que él ha aprendido y éstos ignoran. No nos confundamos, pues, con palabras ni actitudes de ocasión.

En segundo lugar, se establece, por el proyecto del ministerio, para las clases del ejército permanente, el enganche dentro de la clase de veinte años, mediante un contrato que se dice no es enganche. El señor ministro recordaba que hubo quienes tacharon su modo de pensar de lirismo, y yo tengo el sentimiento de decirle que tal juicio es la verdad: es puro lirismo! La razón que nos ha dado, en efecto, para no llamar enganche al contrato de servir por un tiempo en el ejército, es la de que no se pagará la prima ofrecida sino al finalizar el servicio, con lo cual se asegura que se dignifica á los hombres y se transforma el enganche.

Me parece que la razón es contraproducente. Si yo alquilo mis servicios y se me paga adelantado, se me da más ventaja y se me demuestra confianza; pero cuando sólo se me paga después de concluido el trabajo, existiendo causas por las cuales pueda ser privado del pago, es evidente que no se me acuerda la misma ventaja y se me trata con mayor desconfianza. (*¡Muy bien!*)

Dejándonos de excusas, se trata, pues,

de un enganche liso y llano, á fin de formar las clases del ejército. Por lo demás, es eso lo que sucede en todos los ejércitos del mundo.

Pero todavía respecto á los *enganchados* (uso la palabra porque yo no temo á las palabras mal sonantes, cuando ellas tienen una definición honrosa en la historia del país) va más allá el proyecto del señor ministro: esos enganchados pueden llegar á ser oficiales generales de la República; les basta para ello pasar por la escuela de clases y ejecutar una acción heroica en el combate, mediante lo cual pasan al ejército permanente y tienen abierta la escala de los ascensos.

Hay más todavía: uno de los últimos artículos del proyecto del poder ejecutivo prepara una hornada de oficiales con los sargentos y distinguidos de fila, y eso importa una anomalía, con la que no estoy conforme: el oficial ilustrado, de escuela, que es la esperanza de la clase militar y del país, vendría á mezclarse de tal suerte con el oficial salido de entre los enganchados, con menos preparación, con menos nivel moral, rompiendo así la unidad de la clase militar.

Cuanto acabo de afirmar resiste al más estricto análisis de los proyectos. Aseguro á mis honorables colegas que he revisado los proyectos prolijamente y que sólo por no recargar la atención de la honorable cámara, pues mi intento es el de convencerla, pero no el de abrumarla, no hago la lectura y el estudio minucioso de cada uno de sus artículos.

Respecto á que ambos proyectos contienen el principio de la conscripción, creo que nadie lo pondrá en duda: el uno para instruir al ciudadano, el otro para hacerlo servir en el ejército de línea. Pero aun aquí el propósito acerca ambos proyectos, por más que difieran en el método.

En efecto: cuando el señor ministro intenta llevar los jóvenes de veinte años á las filas ¿qué se propone? ¿Utilizar sus servicios ó instruirlos como soldados para que aprendan á defender la patria? Me parece indiscutible que lo que se procura al hacerlos servir, es enseñarles prácticamente el oficio militar, y no aprovechar su trabajo en las tareas á que está llamado nuestro ejército de línea, que muchas veces son de gendarmería nacional. De tal suerte el servicio obligatorio de los conscriptos, no es nada más que la instrucción obligatoria en la parte práctica que ella comporta. Y no puede ser de otro modo.

Quiero suponer por un momento que se intente hacer un servicio militar, de verdad, con los conscriptos que ingresan por seis meses. Hoy ha entrado un recluta, y mañana se le da servicio: ¿qué ocurrirá? Puedo narrar el caso con realidad porque lo tengo de buena fuente. Un médico había reconocido un recluta para ver si era apto para el servicio. Lo declaró tal, entró á las filas, se le destinó á una compañía. Al otro día llegaba el médico al batallón y oyó que el centinela, en vez de saludarlo con el arma, como es de reglamento, se sacaba el kepi, como quien se saca un chambergo, y le decía: Buenas tardes, doctor. (*Risas y aplausos.*)

He ahí el servicio obligatorio que podrán hacer los reclutas. Si se les manda inmediatamente prestar servicio, no se les podrá dar instrucción. De suerte que lo único racional que cabe hacer, es instruirlos previamente. Se les hará servir luego para que aprendan prácticamente, pero no para retirar de su servicio otra utilidad que la de quedar en condiciones de defender á su país. (*Bien! bien!*)

Yo diría á cualquiera de los militares que me escuchan, al mismo señor ministro de la guerra, que tomara por un momento los programas que le han confeccionado para los cinco meses de servicio, y me dijera si habrá un momento de descanso para que esos conscriptos puedan prestar servicio, mientras tengan que aprender todas las cosas que esos programas exigen. Es imposible—todos hemos sido reclutas y sabemos lo que se tarda en aprender,—es imposible que se pueda emplear el tiempo en servicios militares verdaderos y recibir una instrucción que requiera todo el tiempo que el recluta permanece en las filas.

¿Tomaremos acaso los reclutas y los mandaremos á hacer servicio de fortines? Entonces, no los instruiremos. ¿Los ocuparemos en servicios de guarnición, en dar la guardia de la casa de gobierno, de la penitenciaría? Aprenderán sin duda, de tal suerte, el servicio de guardia, los deberes del centinela, funciones delicadas indudablemente, pero que una vez aprendidas no se perfeccionan con repetirlas muchas veces: pero no se instruirán en nada más en ese tiempo.

De suerte que para mí este dilema es irreductible: ó el servicio obligatorio del ejecutivo es únicamente instructivo, en cuyo caso no puede ser servicio sino en cuanto lo exija la práctica de esa

instrucción, ó el servicio obligatorio es verdadero servicio y se va á hacer en los fortines, en fronteras, en los arsenales, en la guardia de la casa de gobierno, de las prisiones,—funciones todas de la gendarmería nacional, que ha desempeñado siempre el ejército de línea,—y en tal caso no es instrucción. (*¡Muy bien! muy bien!*)

Y yo digo algo más: en tal caso, eso es difícilmente constitucional, porque la constitución ha querido que el ciudadano fuera armado para servir á la patria, á la constitución y á las leyes, representadas en la bandera; y esos servicios de gendarmería nacional son servicios de policía meramente; y constituyen, en este caso, algo análogo á un plan de sortear á los ciudadanos para ser vigilantes y cuidar la vida, la tranquilidad, el comercio de la capital de la República. (*¡Muy bien!*)

¡No! El servicio único que se puede pedir al conscripto, aquello con que se ha de dignificar el servicio militar, es el servicio á la bandera, para darle la instrucción necesaria á fin de que pueda ser un buen soldado! Hago la concesión al ejecutivo de no imputar otro propósito á su proyecto, asignando al servicio obligatorio el único fin de una instrucción obligatoria práctica. A su vez la instrucción en cuadros de línea, según la minoría, es el verdadero servicio militar del ciudadano en tiempo de paz. Importa una conscripción é importa el servicio militar verdaderamente obligatorio y universal, porque el primero y el único servicio que á un joven recluta puede y debe exigírsele que preste á su país, es el de aprender á defenderlo, y no el de servirlo cuando no sabe aún como desempeñarse.

Planteada así la cuestión, volteadas las murallas de preocupaciones y palabras con que se ha pretendido que un proyecto creaba un ejército de enganchados, para enseñar á la juventud argentina, y el otro proyecto un ejército de conscriptos que representaría algo así como la ciencia infusa de la guerra, entramos en un terreno mucho más real, que es en el que verdídicamente debemos debatir esta cuestión, que es la más dura y la más sobria de las cuestiones. El enganche y la conscripción, aceptados por ambos proyectos, deben ocupar, pues, su lugar propio, sin rechazarse ni excluirse.

Y de este punto de vista, debo empezar por decir cuál es mi concepto sobre las dos viejas instituciones en que

ha reposado el poder militar de nuestro país, que el proyècto ministerial intenta transformar: el ejército de línea, que por más que se intente decir otra cosa ha sido el ejército que hemos votado todos los años, es decir, las fuerzas que forman en línea permanentemente; y la guardia nacional, á la cual se trata de instruir, conscribiéndola temporariamente á los fines de esa instrucción. Fijados los caracteres de ambas instituciones, mediante la observación, buscando más en la vida y experiencia propia, que en la parodia extraña, enseñanzas para la hora presente—porque el problema militar es el más genuinamente nacional, es carne de la carne y sangre de la sangre del pueblo... (*¡Muy bien! Aplausos en la barra!*) he de examinar luego en qué manera trata de alterar y confundir esas instituciones, su tradición y su eficacia, el proyecto del gobierno. (*¡Bien!*)

He aquí mi concepto sobre el ejército de línea nacional. Existe en todas las sociedades un tipo peculiar, que yo llamaría el hombre de guerra nato. Se lo podría reconocer en tiempo de paz por su espíritu mal avenido con el orden y la ley del trabajo, por su incapacidad para imponerse reglas de conducta, por su fortaleza de alma para exponerse al peligro y por sus vicios masculinos. Ese hombre sin hogar, porque no tiene gusto ni paciencia, ni laboriosidad, para formarlo; sin medios de vida porque es pródigo, cuando no es á la vez holgazán: con su coraje y cierta caballeridad bravia, por toda defensa de sus actos buenos y malos, con un cuerpo de acero y un espíritu indomable para el peligro, la fatiga y las necesidades, es el que ha llenado hasta hoy las filas de soldados del ejército de línea nacional. (*¡Muy bien!*)

No es con el criterio civil que se ha de tallar la figura del soldado: es con el duro molde de la fuerza!

San Martín,—que valía muchos Trochú—San Martín, el varón nacido en esta tierra que haya tenido la concepción más real de la manera de convertir á los hombres americanos en piezas de acero de una maquinaria bélica y esa maquinaria en instrumento de victoria, cuenta el historiador que formó sus granaderos á caballo de esta suerte: de oficiales sólo quería tener leones en su regimiento! (*¡Bien! bien!*) «En cuanto á los soldados, los elegía vigorosos. Los sujetaba con energía paternal á una disciplina minuciosa que los convertía en

máquinas de obediencia. Los armaba con el sable largo de los coraceros de Napoleón, cuyo filo había probado en sí, y que él mismo les enseñaba á manejar, haciéndoles entender, con frase y gesto criollos, que con esa arma en la mano, partirían como una sandía la cabeza del primer goda que se les pusiera por delante; lección que practicaron de tal suerte en el primer combate, en San Lorenzo, que no sólo cabezas sino hasta tercerolas españolas fueron tajadas de un mandoble de los granaderos! Por último, daba á cada soldado un *nombre de guerra*, por el cual únicamente debía responder, y así les daba *el ser*, les inculcaba su espíritu y los bautizaba.»

En ese molde férreo ha quedado impresa para siempre la figura del soldado, del tropa de línea argentino, que tiene hoy los caracteres definitivos de un tipo nacional. (*Aplausos.*)

El pueblo lo conoce: el arte lo ha esculpido con el bronce de los cañones de la independencia: es el sargento Cabral, es Falucho, humildes héroes de fila que salvaron con su vida el honor de la bandera y la vida del gran capitán. (*Aplausos.*) El pueblo lo conoce, el arte lo ha pintado en cuadros llenos de colorido: es el tambor, es el trompa haciendo sonar en el grito de bronce con que llama á sus compañeros en las primeras claridades de la aurora, la voz de la civilización, allá, en el fortín solitario! Es el batallón rimando con paso franco la nota festiva de nuestras marchas militares! Todos llevamos su figura gravada en la retina, y aun cuando cambiado el uniforme, al pasar por cerca de un vigilante de tez bronceada, plantado siempre, como para afirmar que defiende la tierra que pisa, serio é impasible, nos decimos: he allí un veterano: he allí un tropa de línea! El ejército ha dado empleo á su actividad, lo ha modelado de nuevo y está cuidando el orden civil, sin perjuicio de mostrar en las solemnidades militares su pecho cubierto de medallas que ganó en la acción guerrera. (*Prolongados aplausos.*)

Ese es el autor de todas nuestras campañas militares, que son otras tantas etapas civilizadoras. El ha luchado y ha vencido á todos los enemigos que se le han puesto por delante. Yo no lo admiro sólo en la batalla, cuyos peligros siempre compartió con el guardia nacional: pero lo exalto sí, en la más grande, en la más innegable de todas sus vic-

torias: en la de haber vencido las más rudas necesidades de que pueda hacer mención la historia militar de cualquier nación: el hambre, la desnudez, la falta de pago por años enteros, las injusticias, los malos tratos, las enfermedades, el abandono—que de todo ha existido en la desorganización característica de nuestro país,—y todo lo ha sufrido resignado, estoico, impasible, sin perder nunca el rumbo de su noble misión, y sin que él, ni sus parientes y amigos acudieran á la prensa ó al gobierno en queja. (*Muy bien! muy bien!*) Es que su familia era el batallón; sus negocios, sus bienes, sus amistades, el batallón; su padre, sus hijos, su salud, su vida, sus esperanzas, el batallón; y su única gloria era dar su vida anónimamente á la sombra de la bandera que estaba destinado á defender, lo mismo en la batalla sangrienta que en la batalla silenciosa, pero terrible de la resignación y el sacrificio. (*Aplausos.*)

Ese ejército no ha sido sólo guerrero: ha sido poblador, y centenares de pueblos le deben su origen: las estaciones de su sendero han señalado el emplazamiento de las poblaciones; ha sido obrero, constructor de cuarteles, edificios y maestranzas; ha sido agricultor y hasta ha defendido la riqueza agrícola contra las plagas: no ha limitado sus servicios á una sola arma ni á una sola empresa: todos nuestros soldados han tenido que cabalgar en mulas chúcaras, pasar á nado nuestros ríos, marchar en las laderas heladas del sud y tostarse el rostro y quemar su planta llagada en los arenales rojos del nortel (*Aplausos.*)

El señor general Capdevila ha comparado nuestro ejército de línea al ejército colonial inglés ó francés: creo que con eso ha elogiado demasiado nuestra administración ó disimulado, por noble modestia, la vida de sufrimientos de nuestro ejército. El ejército colonial europeo es un ejército perfectamente administrado: un día que le faltara ropa, alimento ó paga, la prensa europea pondría el grito en el cielo: todavía no se ha olvidado en Francia que por apresurar la marcha sobre Tananarive, en la campaña de Madagascar, una columna volante que no llevó quinina fué diezmada por la fiebre; y los escritores militares ponen en frente de tal conducta las expediciones inglesas al país de los Achantis en 1873, en Abisinia en 1869 y en la expedición contra el kalifa hasta Khartoum, algunas de las cuales fueron llamadas las expediciones de los médicos, tales eran las precauciones que se

tomaban. ¿Cuándo nos hemos ocupado nosotros seriamente de la salud de la tropa de línea? Si existe en el fondo algo como una creencia de que el tropa de línea de hierro no puede enfermarse, y por eso, sin duda, en ocasiones se lo ha empleado para enterrar muertos de fiebre amarilla y cólera en ciudades abandonadas de toda autoridad por el pánico del flagelo. (*Muy bien! muy bien!*)

Ese ejército de profesionales, que selecciona el voluntariado; ese ejército que da todo y nada quita á las fuerzas productoras del país, pues se forma con elementos de poca labor, cuando no peligrosos en la paz y dentro del régimen civil, es el que se trata de reemplazar por un ejército de conscriptos de veinte años, que permanecerán desde seis meses hasta dos años en las filas, con fines de instrucción y educación. De tal suerte se transformará necesariamente el ejército veterano en una escuela de aprendices, constantemente renovados.

Y yo pregunto: ¿la tarea fatigosa, la obra civilizadora del viejo ejército ha concluido en nuestro país? ¿Ha llegado ya la hora en que los trabajos públicos que suprimen obstáculos, la red de caminos, la densidad de población, la administración proliza, la previsión de todas las eventualidades nos ha transformado en un mecanismo social y militar á la europea, y por eso no necesitamos ya de este ejército, verdadero instrumento de combate, más que contra el enemigo, contra las necesidades, contra obstáculos no conocidos ó imposibles de prever, y contra hechos azás conocidos, como las inmensas distancias, imposibles de evitar?

¿Qué ha sucedido, señor ministro, para que alteremos tan fundamentalmente las condiciones del primer factor militar del país? ¿Ha desaparecido, acaso, el desierto sin caminos, sin agua siquiera? ¿No es, por el contrario, exacto que recién hemos empezado á conocer en toda su extensión el problema enorme de poblar esta tierra, al comparar lo poco que hemos hecho con tanto esfuerzo, con todo lo que nos resta por hacer? ¿Podrá halagarnos la idea de que tenemos una administración seriamente radicada? Pero, ¿quién no conoce las deficiencias, la ineficacia, las sorpresas, á veces, de nuestra administración? ¿Y cómo hemos de tenerla, si la buena administración es lo último que se alcanza en el desarrollo orgánico de un pueblo? Porque administración quiere

decir previsión, buen juicio, serias virtudes implantadas por el escarmiento de los errores, por la eficacia de la razón pública y por la práctica de la ley; y en pueblos que no tienen ni su política organizada con caracteres definitivos, ni su organismo social fundido en una resultante que le dé tipo propio, ¿cómo vamos á aspirar á ese fenómeno de la exactitud administrativa europea, de que se pretende hacer una inexperta reproducción en el papel, dejándonos en los hechos con la triste realidad de destruir el organismo que genuinamente corresponde á nuestro estado político y militar, el eficaz ejército veterano? (*Aplausos.*)

Veamos cómo quiere reemplazar á este ejército el señor ministro.

Desde luego, el futuro ejército va á ser formado de dos clases de conscriptos:—prescindo de los 1.500 veteranos que conserva:—los conscriptos de seis meses, que serán las cuatro quintas partes del contingente, y los conscriptos de dos años.

Ya he expresado mi opinión de cómo los conscriptos de seis meses, reducibles á cuatro, sólo estarán de hecho sometidos á una instrucción obligatoria. El servicio de dos años, ese sí es servicio obligatorio.

Examinémoslo en su naturaleza y sus efectos.

Voy á sentar una afirmación de carácter militar, que disiente de varias opiniones que he oído en esta cámara. Yo creo que el ejército de línea es primordialmente el ejército de la paz, y creo que el ejército de la guerra es el ejército de la conscripción. En el espíritu militar de la constitución argentina, puedo asegurar que tal doctrina es evidente; pero no lo es menos en la realidad de la vida.

El veterano tiene las marcas de la experiencia: el peligro apenas le causa cierta exasperación agria: lo mide con frialdad y lo desafía sin ilusiones, poniendo la disciplina y el deber arriba de la esperanza de vencer y del peligro de morir. El conscripto lleva más frescos los recuerdos de todo lo que hace amar la vida, qué es todo lo que se defiende al defender la patria; no tiene experiencia para reducir el tremendo fenómeno de la guerra al límite de la realidad, y entonces lo domina con las sugestiones vigorosas y cálidas del entusiasmo, y si es menos capaz de medir y dominar el peligro, es más capaz de no verlo á fuerza de divisar sólo la

victoria. De allí que unida la solidez cauta del veterano con los impulsos entusiastas de la inexperiencia, el primero forma el sistema muscular, el otro el nervioso, y el todo la fuerza del organismo que palpita y obra, se resuelve y ejecuta su resolución con tanto tino como arrojo.

Pero el conscripto necesita un ideal en la guerra: la actitud de guerra sin la guerra no puede satisfacer á quien sólo puede hacer la guerra para asegurar la vida civil que es su ideal. De allí que el conscripto no sea el soldado de la paz, por que en la paz tiene ideales que lo solicitan hacia el nido de sus afecciones, hacia el hogar, el campanario y los intereses que dan cimiento á las aspiraciones para el porvenir.

Tomad, en efecto, un joven argentino y decidle: vuestra patria está invadida; el enemigo ya pisa su suelo, venid á los cuarteles, aprontáos para salir á campaña. ¿Quién dudaría del entusiasmo, de la abnegación con que ese joven iría á trabajar á los cuarteles, á pelear como un héroe en las batallas? ¡No tenemos el ejemplo en la guerra del Paraguay! Pero tomad ese mismo hombre y decidle: venid á hacer guardias, id á los fortines á sufrir todas las necesidades de la vida de soldado; y, señor presidente, esta raza argentina, que es tan guererra y tan poco militarista; tan poco disciplinada, que no falta los días de combate, pero que falta los días de ejercicio, yo me temo mucho que desprestigie la ley que tal disponga, y en breve la haga caer en el concepto de las cosas impracticables!

Yo sé que el señor ministro intenta imitar la conscripción francesa, la conscripción alemana, lo más perfecto que existe en la tierra; pero es que las leyes para ser viables, tienen que ser hechas más de acuerdo con la naturaleza de los pueblos que con los ensueños generosos de las aspiraciones. (*¡Muy bien! muy bien!*)

La ley no es en el sentido trascendental la simple voluntad del legislador: es, como lo dijo Montesquieu: «una relación necesaria que deriva de la naturaleza de las cosas»; teoría que desde un punto de vista propio ha desarrollado nuestro colega el señor Olivera, en su libro sobre «La vida de las instituciones». Y es vieja y juzgada por la experiencia la ilusión del hombre americano que trasladado á Europa se impregna del espíritu y del adelanto de las sociedades seculares, hasta el punto

de perder el término de comparación con la tierra nativa. Entonces, quiere transportar, con más anhelos que exámen, leyes, instituciones y hábitos, como transporta máquinas, útiles, armas y libros, sin fijarse que el producto de la industria ó de la inteligencia, puede existir sin la fábrica que lo creó; pero las instituciones son una modalidad de la existencia nacional, que arrancadas de un organismo ó pegadas en otro, constituyen una herida ó un abceso que altera las funciones normales de la vida. (*¡Bien! bien!*)

Desde los primeros días de la independencia, los patricios que habían visitado la Europa, nos trajeron el ideal monárquico primero y el gobierno unitario luego: la monarquía no llegó siquiera á plantearse en forma política; el otro se convirtió en fórmula constitucional; pero la consecuencia fué que el país lo recibió con explosiones que rompieron en pedazos la unidad nacional, hasta que se llegó á caer en cuenta de que el sistema federal era la forma de gobierno natural en que podíamos vivir políticamente, y hace cuarenta y tantos años que bajo ese sistema hemos radicado la unidad nacional y realizado el asombroso progreso del país.

La primera condición de una ley es su adaptabilidad al medio. Tiene que estar de acuerdo, antes que todo, con la índole del pueblo, y lo que hay que estudiar al hacerla, no es lo que pasa en un país como Francia ó Alemania ó cualquiera de aquellos otros tan profundamente distintos—dentro de lo que yo puedo alcanzar, porque no he estado en Europa—de nuestra sociabilidad, pues tal estudio podrá, sin duda, enseñarnos una perfección teórica; pero no darnos la solución de nuestras necesidades, ni indicarnos siquiera la manera en que se transformarán esas instituciones una vez aplicadas en un medio radicalmente distinto.

Yo no tengo duda ninguna sobre la manera desgraciada en que se se va á desarrollar el servicio obligatorio en nuestro país, por la acción de esa ley que destina la quinta parte del contingente al servicio de dos años. No es seguramente el ejemplo de Alemania ó Francia el que se va á producir entre nosotros. Esa ley tiene un nombre, esa ley tiene una historia en la madre patria, cuyos defectos hemos heredado: hoy mismo se lee en un telegrama europeo la proclama de un jefe español, incitando á la juventud á ir más bien

presos antes que someterse al ejército, obedeciendo una ley análoga.

Esa ley se llama la ley de *quintas*, de tristísima recordación, que se discutía ya hace treinta años en el parlamento español, y sobre la cual luego leeré unas breves palabras, para que la cámara vea como entonces ya se conocía los desastrosos resultados de lo que hoy se pretende hacer entre nosotros.

Yo conozco las nobles esperanzas que informan los propósitos del señor ministro; más tengo que poner mi torpe mano en el ramo de sus ilusiones y demostrarle como las lilas y azucenas que quiere sembrar, pueden degenerar, en tierra criolla, hasta convertirse en yuyos peligrosos. (*¡Bien, muy bien!*)

Señor presidente: la ley que requiere más igualdad en un pueblo es la de contribución de sangre. Supongamos por un momento un caso de desigualdad en materia de contribuciones pecuniarías; el caso consistiría, por ejemplo, en que teniendo el país excesiva población que pagara contribución directa, resolviera sortear á unos cuantos para que la pagaran por todos. Indudablemente tal ley sería impracticable por injusta y violatoria de toda igualdad.

Esto mismo, es empero, lo que va á ocurrir con la ley que propone el poder ejecutivo: pero ya no se trata de entregar dinero, sino libertad y sangre, lo que es mucho más grave. Se tiene demasiados conscriptos; entonces es preciso sortear á aquellos que han de servir por dos años! Pero eso es ir contra los estímulos naturales de toda sociedad democrática, y esta ley va á tener como obstáculo no sólo la acción de los hombres, como en el caso de la contribución propuesta, sino que también va á tener en contra la queja de las madres, á quienes con la educación incompleta que les damos todavía, no les hemos enseñado á practicar el viejo canto del poeta: «Cuando el llanto de la patria suena hasta el llanto de la madre calla.» (*¡Bien, bien!*); y entonces empezarán por faltar á los cuarteles los jóvenes pertenecientes á las clases dirigentes, á los que no es posible tachar, seguramente, de carentes de calidades viriles, porque esos son los que en momentos de peligros y de pelea han ido los primeros al puesto de honor, recludados por sí mismos, como los *rough riders* de Roosevelt. Es que cuando una ley es injusta, el primero que la viola es el más pudiente; pero esa violación la desprecia á la vez ante el más

humilde que soporta la desigualdad, y así cunde la queja, se condensa una sorda antipatía y es asfixiada por el vacío la ley sin justicia, sin prestigio y sin cumplimiento. (*¡Bien, bien!*)

Hé aquí ahora lo que decía el gran orador español, treinta años há...

«El primer día de abril es un día nefasto en la península; empecemos por la triste iniquidad de la *lotería fúnebre*», (el que habla es Emilio Castelar,) «por la cual se arranca el corazón á unos, mientras que á otros se les llena de alegría; y los que se alegran tienen que alegrarse de la desgracia de sus hermanos; sigamos porque salen de su casa los jóvenes, en la edad en que son más necesarios á sus padres y en que las primeras pasiones se arraigan en la tierra: continuemos por la injusticia irritante que hay en esa contribución antidemocrática en esa contribución antihumanitaria,—y por eso decimos que es una contribución inicua.—la injusticia de que la paga el pobre y no la paga el rico, (¡igualito á su proyectos, señor ministro!) (*Aplausos*) cuando el pobre necesita más de sus hijos que el rico, porque los ha criado para que en papen con el sudor de su frente el campo y le dé sus frutos, para que trabajen en el taller y le den su sustento en el momento mismo en que las fuerzas de su alma como las de su cuerpo decaen.

«Hay muchos medios inmórales en las operaciones de los puntos: es el primero la resistencia que opone el joven á ir al ejército por medio del sorteo, resistencia que se verifica en hechos horribles, en hechos escandalosos. Hay inmoralidades vergonzosas en los actos del reconocimiento, porque ha habido muchos de los interventores en los exámenes que se han hecho ricos dando por válidos á los inválidos y dando por inválidos á los válidos.»

Basta: no quiero seguir la huella oscura que inician estas palabras. He oído si, á algunos, que los defectos del país no deben ser tomados en cuenta sino para corregirlos. Yo creo que ante todo debemos preverlos.

Reconozco las nobles y generosas intenciones de la minoría y del señor ministro y las comparto: sé que ellos anhelarían hacer de su país militarmente una Prusia; yo también. Pero no se trata aquí de fines, se trata de medios, y juzgo que no podemos entrar á tarea tan seria como ésta, mezclando al mismo tiempo una obra real de gobierno con el programa de desfacer yerros y en-

dereza entuertos del caballero de la Mancha; otras son las ocasiones de ejercitar control y moralizar costumbres: la tarea de hacer un ejército es obra de gobierno muy grave, que debe tratar de realizarse evitando el mayor número de peligros y causas de fracazo.

Y si en otros pueblos de nuestra sangre estamos viendo fracazar esa ley, ¿por qué, por qué, hemos de cometer sus mismos errores y abandonar por tales ejemplos nuestra propia tradición en la que hay ejemplos de organización y de vigor militar, mediante los cuales siempre hemos vencido, y con los cuales todo autoriza á creer que volveríamos á vencer. (*Aplausos.*)

La ley de conscripción se transforma pues, en la triste ley de quintas, con sólo aplicarla á un pueblo como el nuestro, sin rentas, sin una administración prolija, sin el ardor de la herida... porque si nos hubieran quitado dos provincias, señor ministro, yo lo acompañaría á pedir que los hombres hasta de setenta años marcharan todos al ejército, para ir á arrancarlas del poder del enemigo! Este es el caso de la Francia. Y si yo fuera alemán, pediría que hasta las mujeres fueran á los cuarteles, para que el enemigo no hollara las glorias de mi patria, con una revancha! (*¡Muy bien!*)... pero á Dios gracias, nuestro territorio está y estará íntegro, sin que la conquista extraña lo cercene, ni la conquista propia lo ensanche. (*¡Bien, bien!*)

Yo conozco á mi país: sé qué largo camino ha hecho en él la escuela de la irregularidad, lo mismo que en Estados Unidos: veo esta ley desigual entregando la contribución de sangre al sorteo, á las excepciones, al personero, y del otro lado tolerancias que empiezan en la condescendencia y á veces acaban en la complicidad... Me limito á subrayar el punto y dejarlo señalado á la perspicaz meditación de todos los señores diputados... Mas para quitarles la impresión amarga de tal género de reflexiones, he de contar una anécdota, que presentará la faceta más inocente del cuadro, exhibiendo la fecundidad con que ha empezado ya á ejercitarse el ingenio criollo en materia de sorteos.

En el último viaje que hizo el señor presidente de la República, en el crucero Buenos Aires, con algunos señores diputados y senadores, entre los cuales creo iba el señor diputado Co-

Sr. Coronado—Estábamos dos: el señor Garzón y yo.

Sr. Balestra—Luego estaba el señor diputado... en una de esas horas sin ocupación en que los pasajeros lo escudriñan todo, se encontraron repentinamente con uno de esos conscriptos, que empiezan á abundar, á los cuales les están saliendo canas. (*Risas.*) El más curioso le preguntó:

—¿Qué edad tiene usted?

—Treinta y dos años, señor, contestó con un marcado acento arribeño.

—Y ¿cómo lo han traído aquí entonces?—le dice otro de los presentes.

—Señor, porque saqué las bolillas blancas. (*Risas.*)

La curiosidad naturalmente se hizo más viva en la rueda.

—Pero, hombre, le replican: si tiene treinta y dos años en vez de veinte que deben tener los conscriptos y no ha sacado bolilla negra, había dos motivos para no traerlo!

—Es que, señor, me dijeron que sacara otra bolilla. (*Risas.*)

—Y ¿qué sacó entonces?

—Volví á sacar otra bolilla blanca. (*Hilaridad.*)

—Pero entonces; ¿cómo lo han mandado?

—Es que me dijeron que sacara otra bolilla todavía. (*Risas.*)

—Y, entonces, sin duda sacó la negra? Es claro...

—No, señor! volví á sacar otra blanca. (*Hilaridad general.*)

—Pero, ¿cómo diablos lo han mandado entonces?

—Ah, señor! Es que me dijeron que tres bolillas blancas valían una negra. (*Risas y aplausos.*)

Señor presidente: lo que acabo de relatar es perfectamente exacto; me ha sido referido por un senador de la nación presente á la escena. No sé si el conscripto continuará todavía; es lo más probable, porque esos conscriptos hechos son los mejores soldados: por eso conviene sortearlos aplicádoles el sistema infalible de las equivalentes: tantas blancas por una negra ó tantas negras por una blanca (*Risas y aplausos.*)

Si de las inducciones que antes hice respecto al sorteo, señor, pasamos por un momento á la experiencia argentina, nos encontraremos con que el sorteo ha sido establecido en el país desde el año 72, sin que se haya llevado á efecto; y cuando se ha intentado realizarlo ha fracasado.

La ley del 72 establece, en efecto, que

el ejército de línea se completará con contingentes que mandarán las provincias, por sorteo. Es sabido que esa ley no se cumplió.

En 1887 se trató de aplicarla pero el exministro de la guerra, general Campos...

Sr. Godoy (E.)—¡Racedo!

Sr. Balestra—Racedo fué quien mandó efectuar el sorteo en 1887; pero el exministro teniente general Campos, en el mensaje explicativo de sus proyectos militares publicado el año pasado, atribuye ese fracaso á la existencia del personero, que anula moralmente el servicio obligatorio, convirtiéndolo en una contribución pecuniaria.

Es sabido que se formaron asociaciones en las provincias y municipios para pagar personeros que librarán del servicio á los hijos queridos de la localidad, que no tenían medios de fortuna.

Véase hasta que punto pueden perturbar las ideas y relajar los deberes patrióticos las leyes basadas en la desigualdad.

Hoy, entretanto estamos atropellando de nuevo la dificultad en el punto más serio, el reclutamiento, con las mismas armas y los mismos procedimientos: el sorteo, que es la desigualdad; el personero que es el enganchado del rico. (*¡Muy bien!*)

Pero hay otro caso perfectamente típico, que demuestra la impotencia de los hombres contra la fuerza de los hábitos nacionales que serán faltas á la ley, no lo niego; pero que suelen indicar á veces el broto primitivo de una tendencia social que no se puede comprimir ni desviar.

La ley de enrolamiento establece que sus infractores han de formar parte del ejército de línea. ¿Cuántos han entrado por este concepto en las filas? Es sa-

bido que muy pocos. ¿Cuántos millares de hombres hay entre tanto en la República Argentina que no están enrolados?

Me he detenido en estos antecedentes para que la honorable cámara juzgue del espíritu de regularidad, y del respeto á la ley, con que puede contar el ejecutivo en tiempo de paz para realizar las maravillas de previsión y puntualidad que hemos oído con tanto placer de los labios del ministro.

Esas fantasías de construcción y cálculo, tienen que desgastarse en las asperezas de la realidad, cuyas filosas aristas han destrozado tentativas análogas. Se ha hecho la cuenta prolija, el detalle matemático de las consecuencias de una esperanza: pero no se ha hecho el estudio serio y práctico de los fundamentos que permitan abrirla. Si esa esperanza falla se desmoronará el edificio creado con más aspiraciones que solidez, y destruido lo antiguo, y no edificado lo nuevo, sólo se habrá producido en realidad el desastre de nuestras instituciones militares. (*¡Bien, bien! Aplausos en la barra.*)

Ahora me queda por considerar la parte más seria de este asunto.

Forman parte del ejército de línea, en calidad de reserva, también las cuatro quintas partes de la antigua guardia nacional activa.

Sr. Presidente—Si el señor diputado está fatigado podríamos pasar á cuarto intermedio.

Sr. Balestra—Es lo mismo.

Sr. Presidente—Invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio. (*Aplausos prolongados.*)

—Se pasa á cuarto intermedio, siendo las 6 y 10 p. m.